

mujeres que pedían misericordia al mismo Dios de sus conquistadores, al mismo Dios omnipotente del Vaticano?

¿Y qué llamarán barbarie, en fin, y caridad cristiana, los prelados católicos que han defendido la agresión; y las piadosas mitras que bendijeron la matanza; y los humildes tonsurados que celebraron con sus ovejas la brutal carnicería, al són de alegres repiques y con acciones de gracias en todos los templos de la culta Italia?

Responda, quien pueda, a estas interrogaciones que nos dejan perplejos. Pero sea cual fuere la respuesta, no sintamos temor alguno los que nacimos en países conquistables.

Porque lo ocurrido en Abisinia, afortunadamente, no es imperialismo del que puede hacernos daño.

Mussolini ha declarado, con énfasis emocionante, que sólo se trata de expansionismo.

¡Nada más que expansionismo!

Lo cual, sin duda, algo de ventaja ha de tener para los pueblos débiles, no importa que sean iguales los aeroplanos de guerra, las bombas explosivas, los cañones y los gases asfixiantes de imperialistas y expansionistas. ¡Cuestión de palabras; tan diferentes como pudiera ser un homicidio de un asesinato!

La situación política de Nicaragua

Estos balkanes de la América Central — con perdón de los balkanes europeos — siguen siendo los primeros en materia de opereta. Lo malo es que con frecuencia se tiñan de sangre nuestros minúsculos escenarios. Mas no hablaremos ahora de combates, de fusilamientos, ni de los valerosos generales-presidentes a quienes les ha pedido el pueblo soberano que se reelijan hasta 1943, sino del panorama político de Nicaragua, nuestra vecina del Norte.

Allí las pasiones tropicales, la ambición de mando, el odio ancestral de liberales y de conservadores — gavillas sin ideología contemporánea — tienen en zozobra, desde hace varios meses, a nacionales y extranjeros. No logran ponerse de acuerdo los viejos políticos que, como en el resto de Centro América, porque aquí nadie se muere, son los mismos de cuatro generaciones a la fecha. Se temen trágicos desórdenes. Y la benemérita Guardia Nacional — la de Washington, la de Somoza — domina, se hace fuerte, se impone con las armas en la mano. Quiere que su jefe, el militar lleno de gloria y de galones que consumió el asesinato de Sandino, tome las riendas del gobierno.

Con fecha treinta de abril último publicaron un mensaje de Managua los periódicos de esta capital, informando que en Granada se proclamó, solemnemente, la candidatura del citado brigadier Somoza. Y el lanzamiento se hizo a pesar de algo que los nicaragüenses llaman Constitución. Y en la gran asamblea, memorable para sus partidarios, exclamó el homicida desde la tribuna:

“Nací hombre. Soy hombre todavía. Y seré Presidente de Nicaragua el primero de enero de 1937. De lo contrario estoy dispuesto a morir como hombre— MACHISMO DEMOCRATICO se podría titular tan alto ideario — con las botas puestas”.

A su vez el doctor y ginecólogo Juan Bautista Sacasa, mandatario nominal de aquel país, declaró poco después que la paz debe mantenerse a toda costa; y que si el general Somoza es la paz, él — Sacasa — estará con Somoza, con su pariente Somoza, aunque tengan que violarse las estipulaciones constitucionales.

Otro grande hombre nicaragüense, otro prócer de estas latitudes, el eximio general José María Moncada, el que a cambio de la presidencia vendió las armas

de la revolución de 1926 al Gobierno norteamericano, dijo con gesto heroico en la ya histórica tribuna granadina de la proclamación: “Juro con estos dedos y por esta cruz — cruz de carne y hueso — que Somoza será el Presidente de nuestra patria en el próximo período”.

Completan el cuadro de honor de la candidatura somocista—de la candidatura de quien dió muerte alevosa al más alto símbolo de la libertad de Centro América, — el famoso general Emiliano Chamorro y el no menos celeberrimo bribón de Adolfo Díaz. Demostrando en esta forma su entusiasmo por las nobles causas y su fervor patriótico que no admite discusión, se han sumado al movimiento de la Guardia Nacional ambos gloriosos testafierros del imperialismo norteamericano.

Somoza, entonces, no puede quejarse por falta de buena compañía. Lo rodea un estado mayor de peso completo, de desprestigio continental: ¡Sacasa, Moncada, Chamorro, Adolfo Díaz y los segundones y admiradores de figuras tan afamadas.

Figuras, además, de estrella poco común en lo que atañe a popularidad y a la extraordinaria simpatía que despiertan entre gentes de pluma.

¡Escritores y periodistas se confiesan honrados con sus declaraciones, que siempre califican de trascendentales!

¡Escritores y periodistas publican sus efigies en la primera página de los diarios centroamericanos!

¡Escritores y periodistas les dan las gracias porque personajes de tamaño altura, caballeros tan gallardos, patriotas tan insignes, los reciben y les hablan con desusada gentileza!

Así están las cosas en esta ínsula del poderío de los vivos y del boquiabiertismo, que mueve a compasión, de los tontos y de los serviles.

Postdata. — 12 de mayo de 1936. — Cablegrama de Managua. — El Gobierno de Sacasa y los partidos históricos, por medio de delegaciones especiales reunidas en la casa presidencial, han llegado al luminoso acuerdo de nombrar un candidato único. Y para que el señor general Somoza pueda realizar sus nobles aspiraciones; y para dejarlo ampliamente satisfecho, se le declara gran elector por votación unánime de los presentes, con todos los poderes que en países civilizados, en países con cultura democrática, en países no balcánicos, corresponden al pueblo. ¡De una lista con diez nombres seleccionados por los políticos, quienes tratan de salvar a su patria, será el jefe de la Guardia Nacional — ¡¡manes de Sandino!! — quien escoja al futuro gobernante de Nicaragua!

El caso de Costa Rica

Se dirá que nos cebamos en las repúblicas norteamericanas, crédulos tal vez en la llamada cultura y en la llamada democracia de que hacemos gala los costarricenses. No se piense tal cosa. Tan mal andan los de arriba como mal andamos los de abajo. Con ritmo semejante de dolencia nos movemos desde el Suchiate hasta las tierras que fueron de Bolívar.

Pero los síntomas de la enfermedad toman cariz muy diferente en los pueblos hermanos de nuestra angostura intercontinental, y en este predio que tiene al Sur el fortificado canal de Panamá; al Norte el canal en proyecto de Nicaragua; y en sus entrañas todos los vicios de la desorganización y todas las lacras del hombre que viste de frac sin un centavo en el bolsillo.

Allá, en las otras repúblicas istmeñas, los gobernantes roban, apalean, fusilan y se reeligen. Acá, en Costa Rica, los presidentes no roban, ni apalean, ni fusilan, ni se reeligen.

Allá el síntoma y el diagnóstico son de tiranía. Acá el síntoma y el diag-